

Bernal Díaz del Castillo

Historia verdadera
de la conquista
de la Nueva España
Antología

Prólogo, selección y edición de Guillermo Serés



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2016
Quinta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Anónimo: Entrada de Hernán Cortés en Tlaxcala (Museo de América, Madrid)
© Archivo Anaya
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, la selección y la edición: Guillermo Serés Guillén, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-337-9
Depósito legal: M.3.021-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
23	Nota del editor
	Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: Antología
27	Prólogo
30	Capítulo I
41	Capítulo segundo
46	Capítulo tercero
51	Capítulo cuarto
55	Capítulo quinto
58	Capítulo VI
64	Capítulo VII
67	Capítulo VIII
73	[Capítulos IX-XII]
74	Capítulo XIII
79	Capítulo XIV
82	Capítulo XV
84	[Capítulo XVI]
84	Capítulo XVII
86	Capítulo XVIII
90	Capítulo XIX
94	[Capítulos XX-XXI]
95	Capítulo XXII
98	[Capítulos XXIII-XXIV]
99	Capítulo XXV
102	Capítulo XXVI

103	Capítulo XXVII
110	Capítulo XXVIII
112	Capítulo XXIX
116	[Capítulos XXX-XXXIII]
117	Capítulo XXXIV
121	[Capítulo XXXV]
122	Capítulo XXXVI
129	Capítulo XXXVII
132	[Capítulo XXXVIII]
132	Capítulo XXXIX
136	[Capítulos XL-XLI]
137	Capítulo XLII
142	[Capítulos XLIII-XLIV]
143	Capítulo XLV
147	Capítulo XLVI
151	Capítulo XLVII
155	[Capítulos XLVIII-L]
156	Capítulo LI
163	[Capítulos LII-LVII]
164	Capítulo LVIII
167	Capítulo LIX
170	[Capítulo LX]
170	Capítulo LXI
178	[Capítulos LXII-LXIV]
179	Capítulo LXV
183	[Capítulos LXVI-LXIX]
184	Capítulo LXX
187	[Capítulo LXXI]
187	Capítulo LXXII
189	[Capítulos LXXIII-LXXVI]
189	Capítulo LXXVII
194	Capítulo LXXVIII
201	[Capítulos LXXIX-LXXXII]

202	Capítulo LXXXIII
221	[Capítulos LXXXIV-LXXXV]
221	Capítulo LXXXVI
227	Capítulo LXXXVII
234	Capítulo LXXXVIII
240	Capítulo LXXXIX
242	Capítulo XC
248	Capítulo XCI
259	Capítulo XCII
276	Capítulo XCIII
281	[Capítulo XCIV]
282	Capítulo XCV
291	Capítulo XCVI
295	Capítulo XCVII
301	Capítulo XCVIII
304	[Capítulo XCIX]
304	Capítulo C
314	Capítulo CI
317	[Capítulos CII-CIII]
317	Capítulo CIV
322	Capítulo CV
327	Capítulo CVI
330	Capítulo CVII
333	Capítulo CVIII
338	Capítulo CIX
341	Capítulo CX
345	Capítulos CXI-CXXIV
346	Capítulo CXXV
351	Capítulo CXXVI
365	Capítulo CXXVII
368	Capítulo CXXVIII
387	Capítulo CXXIX
398	[Capítulos CXXX-CXXXIV]

- 399 Capítulo CXXXV
403 [Capítulo CXXXVI]
403 Capítulo CXXXVII
413 Capítulo CXXXVIII
416 [Capítulos CXXXIX-CXLIV]
417 Capítulo CXLV
436 Capítulo CXLVI
439 Capítulo CXLVII
442 Capítulo CXLVIII
445 Capítulo CXLIX
449 Capítulo CL
462 Capítulo CLI
485 Capítulo CLII
503 [Capítulos CLIII-CLV]
504 Capítulo CLVI
519 Capítulo CLVII
531 [Capítulos CLVIII-CLXVIII]
533 Capítulo CLXIX
549 [Capítulos CLXX-CLXXIII]
550 Capítulo CLXXIV
558 [Capítulo CLXXV]
558 Capítulo CLXXVI
565 Capítulo CLXXVII
573 [Capítulos CLXXVIII-CXCIII]
575 Capítulo CXCIV
588 Capítulos CXCV-CCIII
589 Capítulo CCIV
602 [Capítulos CCV-CCIX]
602 Capítulo CCX
612 [Capítulos CCXI-CCXIV]

Prólogo

Había nacido Bernal en 1495 o 1496, en Medina del Campo, de cuyo cabildo era regidor su padre; en 1514 se embarcó con Pedrarias Dávila, que iba como gobernador de Tierra Firme (Nombre de Dios, Panamá). Pocas noticias tenemos desde que embarcó y arribó a Cuba y su primer viaje al continente en 1517, en el rol de la primera expedición a México al mando de Francisco Hernández de Córdoba. Participó también en la siguiente expedición, la de Juan de Grijalva (1518) y, por supuesto, en la de Cortés (1519). El resto de su biografía en gran medida coincide con su *Historia*, porque la parte central del libro, la conquista misma, empieza con esta tercera expedición e incluye la marcha hacia México, la conquista, la huida durante «la Noche triste», la vuelta y la reconquista de la ciudad, en 1521. En la parte final describe el viaje a Honduras, en 1524, a castigar y ejecutar a Cristóbal de Olid. Nuestro cronista vive con aque-

lla «india muy hermosa» (cap. XCVII) que le había dado el propio Moctezuma, doña Francisca, de la que tuvo dos hijas. Sin embargo, a partir de este momento su vida se convirtió en una constante demanda de alegatos, peticiones y probanzas de méritos por los que exigía se le reconociesen sus gestas y *curriculum* de «viejo conquistador»; hasta el punto de emprender un viaje a España, en 1540. En 1541 nos lo encontramos ya establecido en Guatemala, con otra indígena, doña Angelina, de la que tuvo otro hijo. Pero como la disposición real obligaba a los encomenderos a casarse y formar una familia, Bernal se casó en 1544 con Teresa Becerra, viuda del alcalde ordinario de Guatemala y con quien tuvo nueve hijos; el mayor, Francisco, será el que pase a limpio el manuscrito que enmendará Bernal hasta su muerte. Pero a tenor de la promulgación, en Burgos, 1542, de las llamadas «Leyes Nuevas», que pretendían poner coto a la esclavitud de los nativos y fijar límites a la perpetuidad de las encomiendas, el cabildo guatemalteco decide enviar a España a Bernal, cuya fama de avezado pleiteador era conocida. El segundo viaje a España (1549-1551) tenía como fin primordial, el mismo que la crónica: mantener la perpetuidad del «repartimiento» de indios, pues ni consiguió que se mantuviesen las encomiendas de los viejos conquistadores ni otras recompensas. El fracaso del viaje será, a la larga, el origen y pretexto (poco «idealista») de la *Historia verdadera*: reivindicar los indios «encomendados» que les habían quitado a los viejos conquistadores en virtud de aquellas «Leyes Nuevas», promovidas por Las Casas.

Ése es el principal objetivo que le mueve a coger la pluma al regidor de Guatemala, veinticinco años des-

pués de haber colgado las armas. La crónica empezó siendo una carta al emperador (de 22 de febrero de 1552), informándole de que no le han concedido las tierras ni los indios que se le debían como contrapartida de sus trabajos, del capital invertido y de los servicios prestados. La carta no surtiría el efecto deseado, pues al año siguiente le vemos enfrascado en lo que, en principio, fue un «memorial de guerras», que acabará convirtiéndose en la crónica, cuya ampliación y traslado finaliza el citado año de 1568, para mayor gloria de los soldados como él, que no tienen blasones ni reposteros. Bernal envía a España una copia de su crónica en 1575, recibe un acuse de recibo en 1577, pero tendrían que pasar cuarenta y ocho años desde su muerte (3 de febrero de 1584) para que saliese a la luz en Madrid (1632) la primera edición de la *Historia verdadera*.

Al final del libro, en su diálogo con la Fama del capítulo CCX, nos recuerda Bernal que él y algunos de sus compañeros han participado en más batallas que el propio César, las enumera y pretende que haya «mucha fama dellos», pues su testimonio particular se reviste de significado colectivo al asumir la representación de soldados y protagonistas marginados de la narración histórica oficial de la conquista de la Nueva España. Nuestro cronista, así, arrostra la labor de sacar a la luz la historia de soldados como él, de los que nadie se ha ocupado. Quiere escribir una especie de historia colectiva que dé a cada uno lo suyo y, claro, sirva para legitimarse a sí mismo. También quiere declarar y explicar la magnitud de la empresa y el servicio a la Corona y a Dios, y dejar constancia de que, pese a tales hazañas, han recibido

bien poca cosa en recompensa; por eso pretende que su crónica sea moral e historiográficamente ejemplar. En el terreno moral, porque la quiere espejo de acciones militares y evangelizadores, y de lealtades vasalláticas; las últimas seguramente aprendidas en las novelas de caballerías, donde, la «aventura» del protagonista se basara en extender la *pax hispanica*; esencialmente unidas a dichas directrices, ya desde el principio se encarga de señalar las providenciales intervenciones divinas. En el terreno historiográfico pretende que su crónica sea imparcial y, por tanto, inmune a las «lisonjas» y no partidaria de favoritismos o protagonismos individuales.

Esta doble condición la quiere imprimir en el propio título, *Historia verdadera*: el término ‘historia’ contrapuesto a relato de ficción, novela o poesía; ‘verdadera’, porque no es partidaria o facciosa, ni afectada o adaptada a las convenciones y cánones genéricos. Pretende presentarnos las acciones y situaciones cotidianas, los intereses, debilidades y grandezas de los hombres que participaron, incluido Cortés. Precisamente, ese relativo alejamiento de los cánones épicos y de los falsos oropeles de un concepto idealista de la historia, teñido de una supuesta sinceridad, muy «humana», es lo que da originalidad a su crónica. La «verdad» de que hace gala Bernal llega a ser sinónimo de «vida», de participación y testimonio directos (con todo lo que comportan de memoria, emoción e imaginación), que es lo que le da esa sencillez heroica, ese sabor de gesta primitiva o ingenua, alejada de los idealizados modelos canónicos, conformados a los ejemplos grecolatinos. El otro factor importante, y sin el que no se entiende el anterior, es el carácter colectivo de la

empresa, que es justamente el que dota de verosimilitud y «humanidad» a todo lo dicho por Bernal.

La de Bernal es también una *Historia verdadera* en el sentido novelesco, porque esa pleonástica denominación genérica en aquellos tiempos no sólo se aplicaba a las obras de referente o carácter histórico, sino también a otras: las caballerescas, pastoriles o bizantinas. Porque la relativa distancia temporal que mediaba entre los hechos y su narración permitió a Bernal, sin dejar de ser verosímil, introducir elementos de su propia cosecha que diesen la altura épica suficiente a sus personajes y acciones. En efecto, aunque los hechos son relativamente cercanos a su redacción, la circunstancia de que Bernal los narrara –imaginamos– constantemente, de amigo en amigo, de probanza en probanza, durante treinta años, hasta que se decidió a escribir lo que tanto había contado, hace que, indefectiblemente, aportara elementos imaginarios, ficticios, aunque verosímiles. Que lo confiara a su memoria supone también la adopción de una perspectiva subjetiva e implica que lo no recordado se supla con lo imaginado, como si fuera un rapsoda de su propia gesta o epopeya. También se observan otros requisitos épicos: el asunto y los personajes son extraordinarios; la acción, una y grandiosa. Eso lo consigue, además, desde una especie de «inmediatez narrativa» (la *evidentia* clásica) que, además de denotar veracidad, testifica la presencia del cronista:

¡Saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto! Porque yo no lo sé aquí escribir, que agora que me paro a pensar en ello

es como si agora lo viese y estuviese en aquel trance e batalla (Cap. CLII).

Sin embargo, tampoco puede hacer dejación de su función de historiador, debe narrar pormenorizadamente todo lo evocado, incluidos diálogos, anécdotas, catálogos detallados de naves y caballos, provisiones, semblanzas de los principales soldados españoles y de los aztecas, batallas, topografía y edificios, dioses y ritos, aspectos de la vida cotidiana de los aztecas y un largo etcétera.

Bernal también conocería las novelas bizantinas, aquellas *historias verdaderas* que se nutrían de la mayoría de los componentes citados: historias ejemplares, gestas verosímiles, unidad y decoro; además, causa admiración por lo extraordinario de sus lances y lo variado de sus aventuras. La obligada *peregrinatio* central y el sentido moralizante que debían contener estas novelas bizantinas en su segunda época se avienen perfectamente con la de los conquistadores, porque nos las tenemos con una narración que refleja e ilustra la evolución de una crónica (con referentes clasicistas) a una novela bizantina, taraceada con elementos de la épica y tamizada con técnicas caballerescas. Así lo requerían los nuevos vientos contrarreformistas y por presentarse al lector como una víctima del devenir histórico, como soldado heroico, caballero cruzado y peregrino.

Con todo, lo más novedoso es que articule la narración en primera persona (no en balde, su origen es un memorial), por lo que, *de facto*, el relato de Bernal, genéricamente, está más emparentado con la novela picaresca

que con ninguna otra. Partamos de que Bernal lo hizo para asegurarse la credibilidad del relato, para dar mayor sensación de veracidad o, al menos, de verosimilitud, alternando, para el mismo fin, con el «nosotros». Sin embargo, dicho propósito parece que debiera surtir el efecto contrario, pues, *velis nolis*, está personalizando la narración, pasando por el filtro del «yo» la realidad, restándole la objetividad que predica y en que basa su relato. En principio, parece una paradoja: Bernal no debería haber narrado desde el «yo», pues se le supone la honestidad del historiador. Pero a tenor de lo dicho arriba sobre el deseo de desnudez narrativa y del siempre recordado afán de ser verdadero, salta a la vista la argucia narrativa: la «llaneza» de estilo, la inmediatez con que vivió los hechos y la humildad con que se nos presenta en su condición de soldado-cronista quiere hacerlas pasar por sinónimo de verdad. O al revés: equipara la elevación de estilo y la distancia del cronista profesional con la deformación de la realidad histórica, para sugerir que, puesto que él, Bernal, no utiliza un estilo *sublimis* y lo tuvo todo «delante de los ojos», no se aparta de la verdad. No le falta razón, pero también hay que decir que Bernal usa tales recursos y argumentos retórico-morales para competir con la *Hispania victrix*, de Gómara, y con las obras de sus seguidores: los cronistas profesionales.

La otra gran paradoja es que las citadas humildades, en la virtud y en la retórica, de que hace gala no conciben con el deseo de alabanza que impregna todo el libro. Pero, curiosamente, dicho afán también está implícito en el nacimiento de la novela moderna, o sea, en el *Lazarillo*. La tercera persona se usaba para la épica y la nove-

la elevada; en cambio, las tribulaciones de un mozo de ciego sólo podían (o merecían) ser contadas por él mismo. La narración en primera persona ya se usaba para la autobiografía, las memorias y la epístola, con el fin de prestar mayor verosimilitud a dichos relatos. Tal fue la novedad, fama y, primordialmente, rendimiento verosimilizante de dicho planteamiento narrativo, que Bernal se acoge a él de mil amores. Además, el «yo» le venía como anillo al dedo para la *captatio benevolentiae* de un público acostumbrado a los estilos sublimes de campanudos cronistas, y para amenizar el relato. La primera persona también presta verosimilitud, en tanto que, lejos de presentar un relato acabado o cerrado, manifiesta una visión del mundo no definitiva, inconclusa: la *Historia* para el soldado-cronista Bernal es un *morceau de vie*: al interponer el «yo» entre lo narrado y el lector está demostrando que aún vive las consecuencias de aquellos hechos: la sombra de lo narrado se alarga hasta el angustioso presente, con lo que consigue dramatizarlo, a veces con vehemencia:

Verán que ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor ... y digo otra vez que yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que soy el más antiguo y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad (Cap. CCX).

No hay que olvidar que la primera persona, al acercar el personaje al lector y transmitirle su propia visión del

mundo, lo hace más indulgente con sus yerros. Incluso el mismo hecho de que Bernal no los oculte le presta un plus de verosimilitud al relato. Con todo ello pretende conquistar la indulgencia del lector, dejar abierto su relato, como una obra *in fieri*, que, efectivamente, estuvo retocando toda su vida; sea porque en su prodigiosa memoria se encendía la luz de un recuerdo hasta entonces olvidado, sea porque las circunstancias históricas de la metrópoli o de Guatemala así se lo exigían. La primera persona narrativa también le permite alternar la narración de hechos heroicos con la de los detalles más insignificantes, y dar entrada a la ironía, de la que es un maestro consumado.

Este relato de su vida se puede subdividir en tres grandes directrices o núcleos temáticos, que, en orden lineal, son los siguientes: el descubrimiento del Yucatán (1517-1518) a cargo de Hernández de Córdoba y Grijalva; la conquista y población propiamente dichas de la Nueva España bajo las órdenes de Cortés, entre 1519 y 1521; la expansión de la conquista hacia Honduras y otras provincias, y la situación en que quedaron los conquistadores una vez establecido un orden y un legalidad firmes. Bernal va desgranando una serie de subtemas y motivos estrechamente relacionados con el decurso de la narración autobiográfica. (1) En un principio, nos recuerda la necesidad de conseguir más indios, habida cuenta de la merma de mano de obra en las islas. (2) También subraya muy al principio (y a lo largo del libro) uno de los motivos más frecuentes: la arrogante personalidad del inteligente Cortés, su maquiavélica *virtù* y su capacidad empresarial. Un Cortés especialmente dotado para trans-

formar la rebelión en servicio y, en consecuencia, capaz de transformarse de rebelde en modelo. (3) Como consecuencia del anterior, Bernal dedica mucho espacio a referir la nueva legalidad establecida por Cortés mediante la fundación de Veracruz. (4) También hay que indicar como uno de los subtemas las relaciones con los indios: desde la alianza con los tlaxcaltecas, hasta el respeto y amor que les merece Moctezuma, pasando, evidentemente por el reconocimiento del valor que para la conquista tuvo doña Marina, *la Malinche*. (5) Otra cuestión directamente relacionada con la anterior es la religiosa, pues el imperialismo siempre aparece vinculado con el providencialismo. (6) Especialmente unida a la de la expansión de la conquista, la palpitante cuestión del «repartimiento perpetuo» de los indios ocupa el lugar central de la segunda parte, temáticamente hablando. No podía ser de otro modo, pues con su libro Bernal pretende conseguir que se le reconozcan sus méritos. (7) También trata de la institución del virreinato y, por tanto, de la consolidación de un orden que los antiguos conquistadores consideran injusto y que como toda recompensa les ha reportado algún oficio y la «hidalguía de notoriedad». Cuando, según él, los hombres de Cortés, leales siempre al Emperador, han ganado «más reinos y señoríos» que ningún ejército cuyos hechos hayan quedado registrados en cualquiera de las «escrituras que están hechas en el mundo» (Cap. CCX). (8) Otro de los motivos que afloran por doquier es el de la rivalidad que a partir del Capítulo XVIII establece con Francisco López de Gómara, el cronista «oficial» de Hernán Cortés.

Todos estos motivos, más o menos idealistas o interesados, no empecen que nuestro cronista muestre un enorme asombro, o se emocione vivamente, ante el extraordinario espectáculo de lo nunca visto, sólo equiparable a las maravillas de las novelas de caballerías:

Desque vimos tantas cibdades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís* [...]. Y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ¡ver cosas nunca oídas ni vistas, ni aun soñadas, como víamos! (Cap. LXXXVII).

No sabe cómo contar aquella aventura, apenas conoce los modelos clásicos, por lo que se sirve de los géneros que le son familiares como buen lector romancista y compone un extraordinario relato vivencial, emparentado con las memorias, la crónica al uso y los principales tipos de novelas que leyó con fruición en su retiro guatemalteco y antes en su Medina del Campo natal, donde su padre, compartía regiduría con Garcí Rodríguez de Montalvo, editor del *Amadís*.

Por todo lo dicho, la *Historia* de Bernal sigue teniendo plena vigencia, porque, narrada en la primera personal testimonial de un soldado, como un Jenofonte redivivo, es una suerte de compendio de novela de aventuras o bizantina, con componentes de la de caballerías y otros del

género épico; pero de una épica colectiva, la de los soldados rasos, protagonistas de grandes gestas y de cotidianos trabajos. Refleja, por otra parte, un hecho único en la historia de la humanidad: el asombroso descubrimiento del Nuevo Mundo, con sus dioses, sus pobladores, su arte, su moral, su urbanismo, sus cultivos, sus animales, sus volcanes, vistos con los ojos ingenuos de un soldado que estuvo siempre al flanco de los generales y capitanes: Cortés, en primer lugar, pero también Alvarado, Sandoval, Olid...; que asistió a las grandes decisiones, como embarrancar las naves o apresar a Moctezuma; que envió cartas al Emperador; que, en fin, acabó sus días como encomendero en Guatemala, donde se le sigue respetando como un héroe local.

Nota del editor

Para no romper la fluidez del libro, característica de su origen como probanza de méritos y de que Bernal difundiría oralmente una y otra vez algunos episodios, he optado por no cortar ninguno de los ochenta y tres capítulos elegidos. El criterio de selección de la antología ha sido incluir los capítulos que narran los acontecimientos más peculiares o extraordinarios en que participaron Bernal y sus compañeros, los que se refieren a Cortés y los que revisten un tono más épico y novelesco. Para que el lector pueda seguir el hilo narrativo, el desarrollo de los argumentos centrales y los motivos complementarios, he redactado resúmenes de los capítulos elididos. He añadido, en fin, las notas al pie que he considerado necesarias para el cabal conocimiento del texto, reduciéndolas al máximo para que el lector sólo interrumpa momentáneamente la lectura.

Historia verdadera de la conquista
de la Nueva España
Antología